

A todas las amadas personas de Dios en Minnesota,

La Gracia sea con ustedes y que la Paz de Dios nuestro Creador y de su hijo Jesús esté con ustedes también.

A principios de septiembre, visité la Iglesia de la Trinidad, Trinity Church, en Park Rapids. Antes de ir, le pedí al reverendo Steve Schaitberger que me recomendara un buen lugar donde pescar en esa área. Me apresuré a aclarar que no llevaría mi kayak conmigo ni ningún otro tipo de embarcación, así que tendría que pescar desde la orilla. Sin dudarlo, Steve dijo: “Ve a la punta sur de Long Lake. Hay un pequeño pozo donde el riachuelo va a dar a un lago que debería tener muchos lucios.” Así que después de haber dejado a la congregación de Trinity exhausta como a menudo lo hago, y de que la última persona hubiera dejado la recepción, cambié mi mitra por mi gorra de pescar y me dirigí a ese lugar. No pesqué ningún lucio esa tarde, pero pesqué un poco de casi todo lo demás: róbalo, peces sol, percas sol, percas, y no sé, tal vez otros cuantos. Cuando llegué a esa parte de la tarde del “último esfuerzo” proverbial - y si ustedes no pescan es básicamente como cuando nos despedimos en Minnesota- yo trataba de saltar debajo de un árbol donde sabía que se escondían del sol de la tarde unos peces grandes. Al inclinarme sobre la orilla para tratar de hacer este salto súper raro, la orilla cedió bajo mis pies, mis pies se levantaron en el aire y aterricé de espaldas, boca arriba, con las aguas de Long Lake cubriéndome por entero. Tuve pena, vergüenza, pero no me lastimé mucho, excepto por una lesión molesta en la muñeca que todavía siento incluso ahora.

Nuestro gran ancestro en la fe, Jacobo, luchó con el ángel todopoderoso de Dios y salió con la cadera lastimada y el Obispo Loya luchó con un róbalo de Minnesota de modesto tamaño y terminó con un dolor persistente en la muñeca. Lo que es cierto para Jacobo y lo que es cierto para mí, es verdadero para todos nosotros: la manera en que hemos peleado con Dios en los últimos dieciocho meses va a dejar una marca. La última vez que la Iglesia Episcopal en Minnesota se reunió completamente como un cuerpo en convención, fue el día que ustedes me eligieron su décimo obispo el 25 de enero de 2020. Parece que fue hace tanto tiempo, pero ni siquiera han pasado dos años.

Pero piensen acerca de todo lo que hemos hecho durante ese periodo. Primero, empezamos a asistir a la iglesia en línea, un obispo salió y otro entró, marchamos y lloramos en las calles después de la muerte de George Floyd, nos volvimos a comprometer con el trabajo de reconciliación racial, pasamos cientos de horas en línea juntos liderando mas allá de la tormenta de nieve, que nos conectó a través de la geografía de una manera que no habíamos experimentado en todos nuestros años en la diócesis. Entonces, fuimos de la iglesia en línea a la iglesia al aire libre, después nos fuimos adentro, a veces y en algunos lugares, y como que en línea, después vimos la luz claramente al final del túnel y en el otoño de 2021 sería la tan esperada reunión familiar y regreso a la normalidad y ahora ni siquiera estamos seguros cómo

planificar un evento programado para llevarse a cabo en dos semanas, ni pensar en seis meses. Mis amigos, si sentimos que enero de 2020 fue hace mucho tiempo, es porque los veintidós meses nos han forzado a levantar un peso mayor de lo que acostumbramos en cinco años o más.

Pero, cojeando y todo, todavía estamos aquí. Todavía estamos aquí debido a las maneras extraordinarias en que la gente de nuestra diócesis nos ha guiado en estos tiempos tan difíciles: con fe, resiliencia, con buen humor y con mucha valentía. Deseo agradecerles a todos ustedes por la manera en que lo han hecho y especialmente agradecerle al clero por las maneras en las que han navegado en estas aguas tormentosas. Ser un sacerdote o diácono en esta iglesia siempre es difícil, pero cuando hay una capa de mil decisiones en las que COVID está a cargo de la coreografía, cada una de ellas puede ser criticada por alguien y lo será y todas las otras maneras en la que la pandemia ha sobrecargado la vida, entonces verdaderamente es sorprendente que aunque lleguemos a esta convención cansados, enojados con COVID, y preocupados acerca de quien regresará o en qué nos convertiremos, aunque como Jacobo hemos quedado marcados y heridos, aún estamos aquí. Todavía estamos juntos, alumbrando la oscuridad del mundo. Gracias por cómo nos hiciste llegar aquí.

Pero, amados hermanos, ¿y qué hay del futuro? ¿Qué vamos a hacer ahora que estamos, asediados, atribulados, y marcados?

Ustedes saben, si yo fuera a estar de pie aquí y les diera respuestas muy seguras a cualquiera de esas preguntas, sería un charlatán tratando de venderles una certeza superficial, no un pastor que les ama lo suficiente como para decirles la verdad. Entonces, “no sé” es la respuesta mas honesta.

Pero esta es la cosa: no es que no tengamos un mapa o una guía. Nuestro mapa único y nuestra guía es el Señor Jesucristo y Él crucificado. En la certeza y en la falta de ella, cuando las cosas se sienten fáciles y cuando chocamos con una muralla, nuestro trabajo siempre es simplemente convertirse en una comunidad que observa y actúa como Jesús. Es así de sencillo y así de difícil.

Así que lo que quiero hacer esta tarde es invitarlos a considerar cuatro acuerdos que pienso que son críticos para poder hacer el trabajo que tenemos por delante en los años venideros.

El primer acuerdo es que tenemos que creer en Jesús y tenemos que mirar a Jesús como modelo de lo que estamos llamados a ser.

Dieciocho meses como su obispo es lo suficientemente largo como para que estén familiarizados con mis imperfecciones. Lamento decirlo pero, si Dios quiere, van a tener que vivir con ellos por muchos años mas. Pero todo lo demás me lo pueden criticar con todo derecho, lo que necesito que sepan es que soy creyente. Realmente creo que el alma del universo es un Dios activo que

nos ama. Creo que Jesús es la expresión completa y perfecta de ese amor y que su patrón de dar la vida y regalarla nos muestra el patrón de la verdadera vida y la sanación para el mundo. Creo que la resurrección de Jesús de entre los muertos nos muestra el triunfo del amor y la justicia que se supone que debemos anticipar para todo el mundo. Realmente creo eso. Y si vamos a cumplir los desafíos que tenemos por delante, entonces realmente necesitamos creer en eso juntos. Entonces, ¿están de acuerdo en vivir juntos como que realmente creemos en Jesús?

El segundo acuerdo al que les quiero invitar hoy es que tenemos que actuar como si fuéramos un solo cuerpo

Ya que donde quiera que vaya hay confirmaciones y bautizos, las primeras palabras que intercambio con una congregación casi cada semana es esa paráfrasis de Efesios 4: “Hay un cuerpo y un Espíritu. Hay una esperanza en el llamado que Dios nos hace. Un señor, una fe, un bautizo. Un Dios y Padre de todo.” Es tonificante cada vez recordarles a ustedes y que ustedes me recuerden de nuestra unidad esencial. Siempre es igual. He aprendido que una de las principales razones por las que existo como obispo es para recordarnos que siempre somos parte del mismo equipo. Somos una diócesis grande, que se extiende por mas de 87.000 millas cuadradas, pasando por una variedad de geografías asombrosas y somos diversos en toda manera. Es un don sorprendente, y esa es una de las razones por las cuales sentí el llamado a unirme a ustedes. Cuando estamos en nuestro mejor momento, celebramos ese hecho y nos celebramos unos a otros. Pero cuando estamos en nuestro peor momento, Minnesota, podemos comportarnos como si fuéramos un grupo de facciones, peleándose por alcanzar un pedacito del pastel, compitiendo por la legitimidad y el reconocimiento. Cuando estamos en nuestro peor momento, interpretamos lo bueno de alguien como una amenaza hacia nosotros. Si queremos enfrentar los retos que tenemos delante, eso no va a servir.

Actuar como si fuéramos un solo cuerpo significa que siempre interpreto lo bueno en ustedes como algo bueno en mí. Lo que es bueno para una parte del cuerpo es bueno para todo el cuerpo y el dolor que se siente en una parte del cuerpo debe ser aguantado por todo el cuerpo. Todos jugamos en el equipo de Jesús y nunca se trata de mí o de ti, nunca se trata de este grupo o de ese. Siempre y únicamente se trata de nuestro Señor Jesús.

Somos suficientes, tenemos lo suficiente y el amor de Dios es lo suficientemente grande como para alimentarnos y sanarnos a todos. ¿Podemos acordar que actuaremos como si fuéramos un solo cuerpo?

El tercer acuerdo al que quisiera invitarles en este día es que necesitamos ser pacientes, con nosotros mismos, con Dios y con el prójimo.

Tal vez sea creyente, tal vez crea realmente que somos un solo cuerpo, pero no soy paciente. Hace poco le di a Canon Schuster una lista de objetivos que yo esperaba que pudiéramos cumplir este año que viene y cuando le pregunté sobre ellos, me di cuenta de que estaba tratando de no reírse en mi cara y me dijo: “Obispo, pienso que si pudiéramos lograr la mayoría de esos objetivos en los siguientes tres a cinco años, habremos logrado mucho.” En mi mente, todo debería tardarse como cinco minutos, y resulta que se tarda mas tiempo.

Espero que todos ustedes me hayan oído decir muchas veces que amo mi trabajo. Realmente es así y nunca he sentido más ahínco y vocación acerca de nada mas en mi vida. Pero no soy ingenuo, y también voy a admitir que es también difícil, y tal como cada uno de ustedes, termino algunos días con una sensación de frustración y desilusión. Parte de esa frustración es con la iglesia, es verdad, pero la mayor parte de esa desilusión y frustración es las maneras en que debo enfrentar mis propias limitaciones y pecaminosidad cada día. Ustedes han depositado una confianza extraordinaria en mí, tenemos que enfrentar desafíos mayores como iglesia y no quiero equivocarme.

Pero tengo que recordar que nos llevó por lo menos 500 años llegar a nuestro preciso lugar actual, así que nos llevará tiempo renovar este viejo barco para que nos lleve donde tenemos que ir. Necesito ser paciente conmigo mismo, paciente con ustedes, paciente con Dios, y todos necesitamos estar de acuerdo en brindar esa misma paciencia en todas direcciones si no vamos a desarmar este barco en el proceso de cambiar su dirección. ¿Podemos acordar que seremos pacientes?

Finalmente, y lo que es mas importante, tenemos que acordar que moriremos.

Muchos de ustedes comprendieron muy bien cuando la Reverenda Canon Lydia Kelsey Bucklin dijo en su sermón, cuando asumí mi puesto en la Catedral de San Marcos, que somos ministros de una iglesia que muere y que la muerte no es el fin. La Iglesia Episcopal está en una situación de declinación institucional ininterrumpida ya hace mas de cincuenta años. En la mayor parte de ese tiempo hemos respondido como si realmente no creyéramos en Jesús. Nos hemos preocupado por eso, lo hemos negado, en su lugar hemos decidido pelear por pequeñas distracciones, hemos intentado hacer planes audaces. Por demasiado tiempo ya, hemos ido tras una visión de éxito definida por los estándares del mundo en cuanto a tamaño, riqueza, e influencia en vez de tener una visión que se vea como Jesús pobre y crucificado.

Pero mis queridas personas, tenemos que morir. Jesús nos dijo que ese es el trato. Pero si realmente creemos en Jesús, si realmente vamos a tratar de vernos como Jesús, entonces sabemos que no nos damos por vencidos cuando la muerte llama. Como seguidores de Jesús, no llegamos a nuestro encuentro con la muerte con gemidos y rechinando los dientes. Llegamos a nuestro encuentro con la muerte gritando aleluya porque hemos aprendido de Jesús que vivir

verdaderamente significa morir, el verdadero nutriente viene de dar y que el verdadero consuelo se encuentra al agrandar el abrazo del amor aún mas.

La iglesia que tenemos miedo de perder es una iglesia que principalmente aceptó sin cuestionar los sistemas de dominación del imperio y la supremacía blanca y el patriarcado y el genocidio de pueblos indígenas y la destrucción del planeta y etcétera, etcétera. Dios ha estado tratando de arrancarnos eso de las manos por mas de cincuenta años y nosotros hemos luchado con Dios cada vez. Entonces realmente la iglesia no está muriendo, amigos, somos nosotros, nos aferramos de forma pecaminosa e idólatra a una manera de ser iglesia que fue incorporada por el mismo sistema que Jesús vino a cambiar y salvar. Esa es la muerte. Ahora es el momento de que la dejemos ir y que dejemos de pelear, y que demos la justa muerte a esta manera de ser iglesia y entregársela a las manos victoriosas de Dios. ¿Podemos desistir? ¿Podemos arrepentirnos de la forma en que hemos convertido la iglesia misma en un ídolo y dejarla morir, confiando en que sea el Espíritu quien nos guíe para seguir avanzando?

No creo que el Espíritu nos esté pidiendo a ninguno de nosotros que nos convirtamos en ingenieros que pueden manejar con dominio la complejidad de este momento con mejores sistemas y fórmulas. Creo que el Espíritu nos está invitando a desistir y volver a la sencillez de ser y hacer discípulos: alabando juntos, compartiendo nuestras vidas de maneras reales y profundas, recibiendo con los brazos abiertos a los pobres y marginados. Creo que Dios está luchando con nosotros para que volvamos a una iglesia que se asemeja a Jesús y actúa como Él.

Las cuatro prioridades del discipulado, justicia, lealtad, innovación y vitalidad que presentamos el año pasado eran para ayudarnos a comenzar a hacer eso. Mañana y en los días y semanas venideros van a ver un esbozo para pensar sobre la vitalidad que es para ayudarnos a ser iglesia simple y sencillamente. Y una gran parte del trabajo constante en nuestro presupuesto, en nuestros cuerpos de gobierno, en nuestra enseñanza y aprendizaje y reuniones, estará dedicado a que aprendamos mas y mejor como volver a lo básico. Para seguir a Jesús, para viajar sin mucho equipaje, para reunirnos con Dios que ya está desplazándose allá afuera.

Tenemos que creer. Tenemos que jugar como que estamos en el mismo equipo. Tenemos que ser pacientes. Y tenemos que estar dispuestos a morir.

No les voy a mentir porque les amo. Mucho de lo que tenemos que enfrentar en los años que se avecinan será difícil y honestamente mucho no será muy divertido que digamos. Así que uno de nosotros, incluyéndome, podríamos bajarnos del tren ahora mismo si lo quisiéramos, ¿y quién les culparía? En cuanto a mí, no tengo otro lugar donde ir. Realmente creo en Jesús. Realmente creo que el amor es el alma del universo. Creo que el amor nos llama a morir para poder vivir realmente. Creo que el amor es la fuerza mas poderosa para sanar y lograr un cambio en el mundo y creo que a nuestro mundo le hace mucha falta. Así que voy a seguir en el equipo de

Jesús y voy a seguir con ustedes, Minnesota, aunque haya otras sendas que parezcan mas fáciles de caminar o que parezcan mas seguras.

La pandemia dejará una marca. Resulta, que esa marca es la promesa del amor de Dios, que nos recibe y nos completa. Gracias a Dios por el don incalculable de poder ir arrastrando los pies juntos por este camino torcido.

Enviado el día 5 de noviembre del año de nuestro Señor 2021, y desde las hermosas playas del Lago Bemidji.

El Reverendo Justo Craig William Loya
#10